

Viejos lobos de Marx

Gerardo de la Torre

CONTENIDO

La muerte del salvavidas
La máscara de Muerte Roja
Viejos lobos de Marx
Por qué amo a Jane Fonda
Primero de Mayo
Corazón jaguar
Fantoches
Cualquier tarde de lluvia
Pantalón de peto
Qué pasó con Moncho
Palabras del general

La muerte del salvavidas

El puñal, acero y cacha de hueso, dentado en la punta por el lado curvo, mostraba una estría larga y poco profunda corriendo paralela y cercana al borde recto. El salvavidas tocó la cruz de la empuñadura.

—Hundiéndolo hasta aquí llega al corazón de los tiburones.

Poco menos de un mes atrás, explicaba al grupo de turistas bobalicones y curiosos, había ultimado un escualo mar adentro, y para tranquilizar espíritus agregó:

—Pero los tiburones no se acercan a la playa. Es agua muy baja, no les gusta, no encuentran espacio para moverse.

No corrían riesgo, indicó, los niños que retozaban a tres o cuatro metros, en aguas que escasamente les daban a la cintura. Allí las olas se arrastraban tranquilas y morían sin estrépito en la playa.

El salvavidas, sobre todo en ésta época del año, de clima dócil, es un elemento decorativo. Pero el reglamento municipal obliga a los hoteles a emplear a un protector de bañistas. El enarenado joven moreno de cabellera crespa y sonrisa fácil era uno de ellos.

El salvavidas aceptaba a veces la cerveza que le ofrecía un turista; dos, quizá tres diarias, pero jamás licores fuertes.

—No quiero tener problemas. El gerente es una fiera.

Terminaba la jornada a las seis de la tarde, cuando ya los bañistas adultos preferían la intimidad de sus habitaciones o se fabricaban en el bar un estado de ánimo perfecto para recibir la noche y los niños escapados a la intolerancia de papá alborotaban en un chapoteadero de profundidad inocua. El salvavidas se ponía ropas de calle y marchaba a un galerón cercano, La Fortuna, donde él y sus amigos se invitaban rones y tequilas y al filo de la media noche, entristecidos por razones vagas, pedían un oído dispuesto a la confidencia.

—El único peligro, y eso para los niños de plano muy pequeños, nenes que no saben caminar, es que a veces se mete una corriente contraria que puede arrastrarlos hasta aquellas rocas. Y allí si hay profundidad.

A la izquierda, desde la playa, un promontorio rocoso se adentraba en el océano. Se podía caminar sin peligro sobre las rocas porque las olas, luego de chocar con la piedra, se transformaban en llovizna. La playa, por ese lado, se perdía abruptamente en una poza cuya entraña oscura no permitía ver el fondo.

—Allá abajo hay mucha langosta. Cuando quieran les pesco unas.

Los turistas sonreían, aceptaban la palabra, pero ninguno se atrevía a pedir la demostración. Depositaban algo más de interés en el cuchillo y finalmente el grupo se disolvía.

El salvavidas trepó a su observatorio de madera y palma. Una mirada al trecho de playa que le correspondía vigilar lo dejó satisfecho. Encendió un cigarrillo y se fue envolviendo en imágenes adormecedoras.

La mesera más linda de La Fortuna se llamaba Esperanza. Era una muchacha carnosa y bien hecha, de respuesta rápida a las frases de mal gusto, de pronta y negativa réplica a los asedios amorosos que le sobraban. Alguna vez el salvavidas le preguntó por qué no se buscaba un trabajo en uno de los hoteles y se ponía a salvo de borrachos malhablados, inclinados siempre a buscarle los muslos. Esos borrachos, respondió Esperanza, daban buenas propinas, y sabía que en los hoteles se portaban miserables, sobre todo los gringos, que han de creer que te hacen el favor con dejarse servir.

Los amigos del grupo pretendían a Esperanza. Ella bromeaba con todos y a ninguno dejaba de alentarle la pasión. Dos de ellos pertenecían a un grupo de mariachis, el tercero era maestro de primaria y los dos que completaban la tertulia se ganaban la vida salvando vidas de turistas. Casi todas las noches se dejaban caer por La Fortuna; bebían a veces más a veces menos y dependían siempre del sueño de que esa precisa noche Esperanza sería suya. Ninguno, jamás, consiguió mayor avance. El enamoramiento colectivo permanecía idéntico a la primera vez, con caudal semejante de pena, depresiones y llanto. Las confidencias, de igual aspecto y nervio parecido, abundaban.

A la hora de la comida la playa se fue vaciando. Los turistas acudían puntuales a la cita con el menú a veces incluido en el precio de la habitación. El salvavidas comió en la

cocina y se dejó invitar una cerveza por un cocinero marica. Luego salió caminar por la playa para que la digestión fuera buena. Se asomó a La Fortuna. Por perder el tiempo, pues sabía que el turno de Esperanza comenzaba una hora más tarde, y de vuelta en el observatorio durmió la siesta con un cigarro apagado en los labios.

La tarde, pérfida, lo aniquiló. Después cierto bullicio lo devolvió de un cándido sueño de seducción a punto de consumarse. Acostumbró los ojos a la luz, suspiró. La brisa comenzaba a llegar fresca y se puso una camisola de paño. Bajó del observatorio y pegó una carrera por la playa. Después hizo saltar algunas piedras planas en la superficie del agua para entretener a un grupo de chiquillos que se quedaron imitándolo. Dilapidó otro lapso conversando con un viejo vendedor de sarapes que se quejaba de la escasa afluencia de turistas, de las ventas cada vez peores. No se amargue, Chano, en diciembre nos reponemos.

A las seis de la tarde el salvavidas se vistió con camisa blanca y pantalón de dril y en la cintura colocó el cuchillo que en La Fortuna usaba para abrir conchas de ostión.

El maestro de primaria ya se hallaba en La Fortuna empuñando un tarro de cerveza y escuchándose hablar, para dos vecinos de mesa más bien indiferentes, sobre el estado desastroso de la educación nacional. Cada seis años le despachaban una nueva política educativa ideada por cerebros que merecían un frasco de alcohol, afirmaba. Y continuaba firme, auténtico:

—Los maestros ya aprendimos a sumergirnos cada vez que viene la ola. Después levantamos la cabeza y tan tranquilos.

El tema no era desconocido para el salvavidas. Asunto viejo, falso en el fondo, afanes de darse importancia del maestrillo, porque las únicas pasiones que le concedía se originaban en el alcohol y en Esperanza.

El salvavidas pidió tequila. Esa noche tenía ganas de emborracharse y aclarar de una vez con Esperanza los litigios del amor. Esa noche la morena tendría que declarar la quiebra de sus resistencias y empeñarle palabra. A él, porque quién otro si los mariachis eran mediocres, el maestro un sapo inflado y su colega, el otro salvavidas, un muerto de hambre.

—A mí no vas a decirme muerto de hambre, Samuel.

—Te lo digo y te lo repito. Un muerto de hambre. Yo tengo una casita en la loma, muy humilde pero muy mía. ¿Y tú?

Masticó su rabia el salvavidas ofendido mientras Samuel, engallado, llamaba a Esperanza y le pedía bebidas para todos por su cuenta.

—A tu salud, Pelancha, hoy tiene que ser un día grande. Ya van a ver que te pintas de negro como tu negro.

Los otros no rechazaron los tragos, pero midieron a Samuel con rencor. Esperanza se fue meneando el cuerpo brioso y de vuelta con las copas pasó la mano por la cabellera del que invitaba. Los ojos de los rivales se achicaron, hubo chasquidos de disgusto y una corriente de malquerencia que animó todavía más al salvavidas.

—Véselos diciendo de una vez, Pelancha. Diles que quieres conmigo.

Esperanza nomás se rió. Luego se fue a atender la llamada imperiosa de una partida de muchachos en trance de juerga. Los cinco amigos bebieron esa copa en silencio, soportando una exaltación que amenazaba con reventarlos. Pidieron otras y las lenguas comenzaron a agitarse. Samuel escuchó insultos y sarcasmos, pero esa noche nada le hacía daño; su petulancia mellaba las palabras y era como si se acercaran a besarle la mano. Esperanza iba y venía ágil por los pasillos. Servía, cobraba, con una manotazo ponía en ordena al cliente aprovechado y en el momento exacto renovaba los tragos de los compañeros. Permitted, en algún viaje, que Samuel le palmeara el muslo.

Eran las doce de la noche y el propietario recorrió las veredas entre las mesas muy digno, investido de autoridad. Palmoteaba y daba gritos invitando a la clientela rezagada, los empecinados, a dejar para otra noche la francachela. Una discusión breve entre los amigos dejó claro que a Samuel le correspondía pagar el grueso de la cuenta, pues más de cinco veces había pedido rondas para todos, a fin de beber a salud de Esperanza. Samuel liquidó su parte sin remilgos y pidió a los demás que dejaran el campo libre. El tenía compromiso con Esperanza y bueno fuera que como hombrecitos supieran perder. Los otros exigieron ver los hechos que se negaban a imaginar, apelaban a la amistad de tantos años y tan fecundas copas para presenciar la escena que aniquilaría para siempre sus ilusiones, como dijo el maestro a punto de vomitar la camisa del otro salvavidas.

Esperanza hacía cuentas sobre una mesa. Los amigos derrotados vieron a Samuel acercársele a paso firme, hablarle. La mesera soltó una carcajada sin separar los ojos de